

de uno á otro cuartel, el señor Rizo, no obstante creerle conspirador, le fué hablando con el mayor comedimiento, y le ofreció que le serviría en cuanto de él dependiera y que no fuese incompatible con el deber. Iguales consideraciones encontró el acusado sacerdote en los jefes y oficiales que guarnecían la Santísima. El coronel Picazo le recibió con suma afabilidad, le franqueó su mesa, su cama, donde llegó á dormir, y le repitió varias veces que no sabía si había delinquido; pero que veía un hombre en mala situación, y que, por lo mismo, estaba dispuesto á endulzar, en lo que le fuera posible, su suerte. Las mismas finas atenciones usaron con él Don Eduardo y Don Luis Picazo y los señores Buenrostro y Miranda, así como todos los oficiales de los cuerpos allí reunidos. Llegada la noche, y notando el coronel Picazo y sus hijos que Don Múcio Valdovinos temía permanecer en el cuartel, por estar aquel punto amenazado de un asalto, y persuadidos, sin duda, de que era inocente, le dispensaron el favor de llevarle á la casa de uno de ellos, llamado Don Luis, donde le obsequiaron y asistieron con el mas exquisito esmero que, como dijo entonces el señor Valdovinos, «eternamente les agradecería.»

Hechos de esta naturaleza, practicados con las personas contrarias en opiniones políticas y á quienes en circunstancias las mas críticas se les acusa de conspiradoras, honran á sus actores y al país en que se verifican.

Habian pasado seis dias en preparativos y escaramuzas, y la poblacion sufría las penurias consiguientes á la triste situación por la cual cruzaba. Los jefes de una y otra línea comprendían muy bien que la lucha se prolon-

garia con daño del vecindario, si se trataba de resolverla por las armas, y dominados todos por un sentimiento noble de humanidad, se propusieron tentar el medio de terminar la cuestión por medio de un convenio. Admitida por una y otra parte la idea, se celebró el 16 un armisticio de cuarenta y ocho horas, tiempo en el cual se abrirían las conferencias con el fin de celebrar un arreglo decoroso que pusiese término á las diferencias suscitadas.

Comisionados por parte de Comonfort los generales Don Benito Quijano, Don Angel Trias y Don Manuel Siliceo; y por parte de Zuloaga, D. Luis Osollo, Don Hilario Elguero y Don J. Piña, se reunieron el 17 en la casa número 18 de la calle de Tiburcio. Pero pronto se vió que no era posible avenimiento ninguno. Los

representantes de Comonfort exigieron que  
 1858. Enero. se estableciese, como base principal de las negociaciones, el restablecimiento de la constitucion, volviendo las cosas al estado que guardaban el 16 de Diciembre, mientras los comisionados por el general Zuloaga se reducía á que se admitiese el triunfo del partido conservador. Entre estas exigencias opuestas, fué, pues, imposible un arreglo, y los comisionados se retiraron á sus respectivas líneas, para recibir instrucciones y celebrar otra conferencia el 18. Verificada esta sin resultado ninguno, pues se insistió en las mismas bases que el dia anterior, los comisionados de Comonfort presentaron á los del opuesto partido una invitacion que honrará siempre á su autor. D. Ignacio Comonfort proponía que sino era posible llegar á un arreglo justo y conveniente, las fuerzas

beligerantes de uno y otro partido, dejando los puntos que ocupaban en la ciudad, se situasen fuera de un rádio de siete leguas de la capital, para no exponerla á los horrores de la guerra civil. «Espero,» decia en la expresada proposicion fechada el mismo dia 18, «que Vds. comprendiendo el sentimiento de humanidad que me hace darles esta instruccion, se empeñarán muy vivamente en que se acepte, para obtener que los vecinos pacíficos, el comercio nacional y extranjero, y los intereses respetables de la sociedad, sufran lo menos posible en estas circunstancias desgraciadas, reduciendo así á sola la fuerza armada el resultado de las hostilidades.»

Los comisionados manifestaron la anterior proposicion de Comonfort; pero las posiciones que ocupaban los conservadores eran muy ventajosas, y era imposible que renunciaran á ellas, cuando contaban con el triunfo.

No habiendo habido, pues, arreglo ninguno, los comisionados de Comonfort, á nombre de éste y por solicitud que el ayuntamiento le habia hecho, propusieron que se declarasen neutrales los puntos de la Acordada, la prision de Santiago, el hospital de San Pablo y el panteon de Santa Paula; los dos primeros por custodiarse en ellos los presos de la ciudad; el tercero para recibir los heridos de ambas partes, y el último para sepultar los cadáveres de los que muriesen en la capital. «V. E.,» decia Comonfort en la comunicacion al general Don Benito Quijano, «dará las órdenes necesarias accediendo á esta pretension de humanidad, y se servirá recabar de los comisionados de las fuerzas pronunciadas un artículo expreso que arregle este punto, con la única limitacion de que sien-

do completa, como debe serlo, la localidad de estas localidades, en ellas no haya mas fuerzas que las indispensables para el servicio, como las necesarias á la seguridad de los detenidos en la Acordada y Santiago, sin que en ninguna pueda apoyarse artillería en un rádio de quinientas varas, ni abrigarse fuerza alguna de los beligerantes.»

1858.

Enero.

Los comisionados por Zuloaga, animados igualmente de un sentimiento de humanidad, manifestaron que con gusto accedian á que permaneciesen neutrales los dos últimos puntos, esto es, el hospital y el panteon; pero que de ninguna manera podian hacer lo mismo con respecto á los edificios de la Acordada y de Santiago, por ser posiciones estratégicas de gran importancia, y porque no habia temor ninguno de que los presos se fugaran, toda vez que estaban perfectamente vigilados por tropas del gobierno. «Tenemos el sentimiento,» decian á Comonfort sus comisionados, en una nota que le enviaron poco despues de la conferencia, «de poner en conocimiento de V. E. que, á pesar de sus deseos, que le harán siempre honor, de que se conservasen como puntos neutrales las prisiones de la Acordada y de Santiago, los hospitales de San Pedro y de San Pablo y el panteon de Santa Paula, los comisionados no consintieron sino en la neutralidad de estos dos últimos puntos, con razones que serán mas ó menos plausibles estratégicamente consideradas; pero que humanitaria y socialmente no pueden tener valor alguno.»

Vueltos los comisionados de una y otra parte á sus respectivas líneas, las hostilidades volvieron á romperse des-

de la misma mañana del 18, y el 19 se generalizó la acción por todas partes, aunque sin haber emprendido nadie movimiento alguno sobre las posiciones de sus contrarios. El día 20, el aspecto que presentaron las fuerzas contendientes era mas imponente, mas hostil, mas amenazador. Los disidentes habian establecido durante la noche anterior, algunas baterías en la ciudadela y en el Paseo-Nuevo, amenazando la Acordada y el Hospicio; dos columnas de ataque se veian dispuestas para avanzar á la primera señal, y todo en fin anunciaba que los sublevados iban á tomar la ofensiva.

Comonfort, al comprender que los puntos defendidos por sus tropas iban á ser atacados, los recorrió todos, y quedó satisfecho de la buena disposicion en que las halló de combatir. El número de tropas y guardia nacional dispuestas á sostener al gobierno, pasaba de cinco mil. Las fuerzas disidentes no debian bajar de la misma cifra.

El primer cañonazo que anunció el ataque, salió de la ciudadela y se dirigió á la Acordada. Eran las once de la mañana. A aquel disparo de cañon, siguió otro y otros ya sobre la misma Acordada, ya sobre el Hospicio. La batería situada en el Paseo-Nuevo, secundó sus fuegos de artillería con direccion tambien á los expresados edificios. Las piezas situadas en la Acordada contestaron inmediatamente á los disparos de las tropas conservadoras, y la acción empezó á tomar un aspecto terrible.

Se hallaban en la ciudadela, al frente de las dos columnas dispuestas al asalto, los valientes jóvenes D. Luis Osollo, á quien D. Félix Zuloaga habia nombrado segundo general, y D. Miguel Miramon.

Al frente de las tropas del gobierno que defendian la Acordada, punto amenazado, se encontraba el pundonoroso comandante de artillería Don Manuel Balbontin, joven educado en el colegio militar, instruido y leal, que nunca habia tomado parte en revolucion ninguna.

Dispuesto todo para el asalto, las dos columnas dispuestas en la ciudadela, avanzaron intrépidamente sobre la Acordada y el Hospicio, edificios contiguos el uno al otro. Los defensores arrojaron sobre los que avanzaban una lluvia de balas de cañon y de fusil; pero nada pudo detener la marcha de los asaltantes, los cuales, mandados por Osollo y Miramon, lograron á poco meterse debajo de los fuegos de la artillería contraria. Un ayudante de Miramon, apellidado Martinez, cayó muerto, atravesado de balazos, al llegar á la puerta de la Acordada.

Don Manuel Balbontin que se habia propuesto defender á todo trance el punto que le habia confiado el gobierno, alentaba á sus soldados con la palabra y con el ejemplo.

Durante esta lucha, Comonfort hizo salir de palacio una columna de cuatrocientos hombres y una pieza de artillería, al mando del general Rangel, en auxilio de los que defendian la Acordada. Pero mientras aquella columna marchaba á su destino, Osollo y Miramon se habian apoderado de la Acordada, haciendo prisionera á toda la fuerza que la defendia, incluso el valiente comandante de artillería D. Manuel Balbontin.

Cuando el general Rangel llegó con su columna á corta distancia del punto poco antes disputado, fué recibido

con una lluvia de balas que le hizo comprender lo que habia pasado, y que le obligó á retirarse despues de haber perdido una gran parte de su gente.

Casi al mismo tiempo que se verificaban los hechos que acabo de consignar, atacaba el coronel D. Vicente Tapia, con otra fuerza disidente, los puntos de la Santa Veracruz y del hospital de San Juan de Dios. Las tropas del gobierno opusieron una resistencia vigorosa; pero despues de dos horas de combate, cayeron prisioneros casi todos los defensores de los expresados puntos, incluso el capitán D. Manuel Gutierrez y el subteniente D. Manuel Liceaga.

Al saber Comonfort que la primera línea de defensa habia caido en poder de sus contrarios, salió de palacio, punto de donde vigilaba todos los movimientos y en el que estaba la reserva, y se dirigió inmediatamente á San Francisco, posicion principal de la segunda línea, resuelto á acompañar á los suyos en el combate y á contener el avance de los sublevados. En el mismo instante que se presentaba entre los defensores de aquella posicion, llegó el general Rangel con su columna destrozada. Comonfort alentó á los soldados que llegaban desalentados, les hizo formar el espacioso átrio de San Francisco, reanimó el espíritu de todos, y les inspiró confianza en un próximo triunfo. Dictando estaba las mas acertadas disposiciones, cuando se presentó en el expresado punto el general García Conde, diciéndole que su presencia era precisa en la Plaza de Armas, para contener la desmoralizacion que empezaba á cundir en las fuerzas de la reserva, á causa de las malas noticias que circulaban. Comonfort encargó en-

tonces al general D. Angel Trias, jefe de la línea de San Francisco, que la defendiese hasta donde juzgase que era posible, y que en caso necesario, se replegase al centro, y marchó al sitio en que era indispensable su presencia.

1858.

Enero.

Dueños los pronunciados de toda la primera línea, empezaron su ataque sobre la segunda con un fuego vigoroso de artillería, y arrojando sobre San Francisco y Minería algunas bombas y granadas que causaron bastantes estragos. Eran las seis de la tarde y las tropas conservadoras se disponian á dar un asalto sobre San Francisco. El general Trias que mandaba la línea y que se habia portado valerosamente, comprendió que era imposible sostener por mas tiempo el punto, y dispuso que la fuerza se replegara al centro con el mayor orden, para formar un cuerpo respetable del cual pudiera disponer Comonfort. El abandono de la posicion de San Francisco, Profesa, Hospital de Terceros y Minería, es decir, de toda la segunda línea, empezó á las seis de la tarde. Los últimos que se retiraron de San Francisco fueron Trias, Rangel y Revilla y Pedreguera, que se portaron con notable valor y bizarría.

La noticia de que la segunda línea se habia abandonado, y de que todo estaba perdido, cundió por todos los puntos que aun conservaba el gobierno.

Poco despues de la desocupacion de San Francisco por las fuerzas de Comonfort, el general en jefe de los pronunciados, D. Félix Zuloaga, acompañado de Osollo y de Miramon, y seguido de las tropas que mandaban, tomó posesion del edificio.

Don Ignacio Comonfort, aunque veia que era ya impo-

sible resistir por mucho tiempo, no se abatió, y á las tres de la mañana salió á recorrer las posiciones, en medio del silencio y de la oscuridad en que se hallaba la poblacion. La soledad mas completa encontró por todas partes: solo unos cuantos soldados que permanecian con el general Diaz, y los rifleros de Lampazos que se hallaban con el diputado Blanco, fueron los únicos soldados que permanecian en sus puntos. Comonfort les mandó que se replegasen á la Plaza de Armas. Su intencion era defenderse en palacio hasta el último instante. Sin embargo, esta defensa no podia dar por resultado mas que la muerte de la poca gente que le quedaba, y así se lo hicieron presente los generales Rangel y Pardo, aunque ellos estaban dispuestos á perecer en su defensa. Comonfort se convenció de aquella verdad, y desistió de su empeño; pero protestó que no saldria de la ciudad ni descenderia de su puesto, sin dar al jefe enemigo del punto mas cercano, conocimiento de su salida, pues no queria que esta se interpretase jamás como una fuga. Tomada esta resolucion, envió á las siete de la mañana del 21, al general Rangel á Santo Domingo, que era el punto mas inmediato, á conferenciar con el general Don José de la Parra, mientras él, acompañado de sus ayudantes, salió de palacio, para situarse en la Plaza de Armas, esperando el resultado de la comision.

El general Parra, al informarse del recado de Comonfort, envió un ayudante al cuartel de San Francisco donde se hallaban el general en jefe Zuloaga y Osollo, preguntando lo que debia hacer. El general Zuloaga, de acuerdo con Osollo, contestó que se le dejase salir sin mo-



J. F. Pérez - Editor.

H.M.

Lit. M. Pujadas - Barcelona.

PALACIO NACIONAL DE MÉJICO .